

México, Mayo 29 de 1862.

La cuestion mexicana, embrollada y oscura hasta aquí como los misterios de Eleusis, empieza ya á aclararse, y no tardaremos en tener todos los datos necesarios para formar juicio acertado de la política europea respecto de la República. Nuestra situacion ha mejorado notablemente en el mes que va á espirar, y bien podemos lisongearnos con la fundada esperanza de llegar á un desenlace honroso y satisfactorio.

El gobierno inglés ha aprobado los preliminares de la Soledad, así como la leal conducta observada por Sir Charles Wyke, quien ha celebrado con nuestro Ministro de Relaciones un tratado, ratificado ya por el Presidente de la República. Imposible es desconocer la grave importancia de semejante resultado, merced al cual quedan restablecidas nuestras relaciones amistosas con una de las tres potencias aliadas en Lóndres el 31 de Octubre último. La Inglaterra no figurará ya en el número de nuestros enemigos; y como sus intereses mercantiles y el pago de las deudas de México á favor de sus nacionales sufrirían cuantiosos perjuicios con la prolongacion de una guerra extranjera en este país, no cabe duda en que necesariamente ha de emplear su influencia, bien poderosa por cierto, en procurar el término de las hostilidades rotas por la Francia, sin motivo alguno que las justifique.

Respecto de España, la situacion ha presentado diversas fases. El hidalgo comportamiento del marqués de los Casti-

llejos ha sido pintado con negros coloridos, en los apasionados informes dados al gobierno frances. No lo extrañamos: la nobleza de sentimientos, la lealtad caballerosa, la conducta intachable, han sido y han de ser siempre blanco de la malevolencia, de la deslealtad, de la mala fé. La prensa ministerial francesa, obediente á las inspiraciones del poder, se ha desatado en contra del general Prim, y la odiosidad á su persona se llevó al punto de asegurarse que se habia pedido oficialmente á la corte de Madrid su destitucion. Periódicos españoles revestidos de carácter oficial han desmentido tal noticia; han declarado ademas, que no se accederia á la destitucion si se pidiese; y han aseverado que no existe ningun motivo fundado contra el gefe de la expedicion española para separarlo del mando que se le confió.

Pero miétras en la Península daba en la opinion este resultado el conocimiento de los preliminares de la Soledad, muy distinto era el que producía en la isla de Cuba la noticia del propósito formado por el general Prim de retirar de México las tropas españolas, á consecuencia de la escandalosa ruptura de los expresados preliminares por los comisarios franceses. Apelándose al arbitrio, ridículo en su esencia é incomprensible tratándose de la Habana, de reunir una junta de notables, se acordó en ella desaprobando la conducta observada por el caballeroso caudillo español, mandar un comisionado á España á que trabajara en su contra, invitarlo á que suspendiera el reembarque de sus fuerzas, é inclinarlo á que resignara el mando en Gasset, en caso de que se considerara personalmente imposibilitado para cambiar de política.

Todo esto nos parece tan violento como absurdo. No sabemos en virtud de qué facultades ha obrado esa junta de notables, que se ha dado á sí misma la ardua mision de re-

visar los actos de quien por su alto carácter militar y político depende exclusivamente de su gobierno. Comprendemos que el viaje de D. Cipriano del Mazo lleva por objeto ponerse de acuerdo con los enemigos que ha de tener forzosamente el conde de Reus, porque nunca faltan á los hombres de verdadero mérito, para lograr que sea reprobada su conducta, que venga su destitucion, y que se le sustituya con otro gefe de tendencias opuestas, á fin de complicar en México la cuestion española, vecina ya afortunadamente á un arreglo honroso y satisfactorio. Nos anima la confianza de que el gabinete de Madrid seguirá apreciando, como hasta aquí, los servicios que ha prestado á España el general Prim, al conducirse con tan marcada justificacion, á la vez que con tan preclara hidalguía, en el desempeño de la delicada comision militar y diplomática que se le encomendara. España debe saber ya á esta fecha, que ese general ha hecho lo que no habrian alcanzado sus escuadras ni sus ejércitos: destruir la fuerte prevencion que habia contra los españoles, inclinarnos á pasar por sacrificios que no habriamos aceptado de otra manera, elevar á una altura envidiable el nombre de su patria, preparar el camino para que España y México sean lo que deben ser, dos pueblos de hermanos. Muy agradecido debe estar México al hombre que ha trocado en oliva de paz su acreditada espada de guerrero; pero tanto ó mas agradecida debe estarle España por las felices consecuencias que forzosa y naturalmente ha de tener la política leal y justificada de su representante. Por eso creimos desde luego que esa política mereceria la aprobacion de su gobierno; y aun cuando así no hubiera sido por desgracia, la desaprobacion solo podia ser obligatoria viniendo del mismo gobierno, su único superior, y no de una reunion tumultuaria que se propasó á contrariar sus operaciones y nombrarle sucesor. Así

entendemos que ha comprendido la cuestion el general Prim' quien con justa razon se negó á acceder á pretensiones exageradas é inadmisibles, pretensiones que han acabado de poner en ridículo la aprobacion de los convenios de la Soledad por el gabinete de Madrid.

Al hablar el mes pasado del extraño manejo de los plenipotenciarios franceses, se nos resistia creer que obrasen de acuerdo con las instrucciones del emperador. Hoy esa ilusion ha desaparecido como tantas otras; y si bien insistimos todavía en tener por cierto que Mr. de Saligny interpreta desfavorablemente para México cuanto pudiera ser ambiguo, y ha precipitado con notoria malevolencia los acontecimientos, haciendo un uso reprehensible de la amplitud de facultades de que se le ha revestido, no podemos ya dejar de considerar como muy culpable tambien al gobierno imperial, que no obstante sus protestas falaces y sus denegaciones hipócritas, conspira contra la autonomía de nuestra patria, ya combinando con sus planes de política europea la candidatura al trono de México del archiduque Maximiliano, ya enviando al traidor Almonte para que renueve ó avive la guerra civil, al mismo tiempo que se aparenta creer que viene á extinguirla, ya cerrando los ojos á la luz de la verdad, para dar crédito, ó fingir al ménos que se le dá, á los informes manifestamente falsos, de personajes interesados en el negocio mas escandaloso de cuantos registran los anales de nuestros desbarros hacendarios.

En vano la voz elocuente de Juvinal y Favre ha denunciado en la tribuna francesa la irregularidad de la política seguida en México por Napoleon III. Esos ilustres oradores han defendido el principio de no intervencion; pero el ministro Billault ha salido del paso con protestar de nuevo que se acataria la convencion de Lóndres, aunque dejándose

abierta la puerta para todo, con la pérfida restriccion de que la Francia prestaria su apoyo al pueblo mexicano, si éste queria cambiar su forma de gobierno. Y la llamamos pérfida, porque con ella, aparentando que se respeta la verdadera voluntad del pueblo, lo que se hace es contrariarla y destruirla, sustituyéndola con lo que plazca poner en su lugar al emperador de los franceses, puesto que todo, absolutamente todo cabe desde el momento en que un gobierno extranjero ha de ser el intérprete del sentimiento nacional. Ya vemos, en prueba de ello, con qué donaire se ha constituido Mr. de Saligny en calificador de cuál es la mayoría oprimida, y cuál la minoría opresora.

Pasemos ahora de las palabras á los hechos: confrontemos las frases del ministro sin cartera, con las operaciones del general expedicionario, y á nadie quedará duda de que los que proclaman en la teoría la máxima de no intervenir, en la práctica nos intervienen á mano armada.

El almirante Jurien de la Gravière desaparece de pronto de la escena, sin dejarnos ningun recuerdo grato de su conducta. Su asociacion con Saligny para romper la convencion de Lóndres y los preliminares de la Soledad, para hacer al Gobierno mexicano calumniosas imputaciones, para dirigirse á la nacion sin título legal, para proteger á Almonte y precipitarnos á la guerra, léjos de hablar en su favor, lo presentan como un manequí de su compañero de comision.

Sustitúyelo en el mando de las armas el general Lorencez, que desde sus primeros pasos deja muy atras á su antecesor. Para justificar la falta de cumplimiento de la palabra de honor empeñada de retirarse á Paso Ancho, apela á dos calumnias atroces: la de que el Presidente Juárez excita en sus proclamas al asesinato de los franceses, y la de que el general Zaragoza se proponia tam-

bien asesinar á los enfermos de esa nacion que se habian quedado en Orizava. Hay calumnias que dan lugar á la duda, á la vacilacion: hay otras tan patentes, que á nadie engañan, para mayor infamia de sus autores. De esta última clase son las dos á que nos referimos.

Ninguna proclama ha expedido el Presidente Juarez; pero en su Manifiesto á la nacion, en sus leyes, en las circulares de sus Ministros, en los actos todos de su gobierno, en vez de provocar al asesinato de los franceses, ha recomendado que se les respete, los ha puesto bajo la proteccion de las autoridades, ha mandado que se castigue á los que cometan con ellos cualquier delito. Se trata por fortuna de documentos históricos, que han tenido ya y han de seguir teniendo forzosamente por su notoria importancia, una extraordinaria publicidad; y como en ellos están consignados de la manera mas explícita los benévolos sentimientos del Sr. Juarez, en vez de la provocacion al asesinato que se le atribuye con tanta torpeza como maldad, todo el mundo civilizado va á poder ser juez en la cuestion, y á comprender cuán mala es la causa que no cuenta mas que con tan ruin apoyo en su defensa.

En cuanto al general Zaragoza, si bien bastaba para repe-
 ler la gratuita injuria que le inferia Lorencez, la falta absoluta de datos con que sostenerla, las comunicaciones oficiales cambiadas entre ambos generales y con el médico encargado del hospital frances, y la conducta observada por nuestras tropas durante las horas que pasaron en Orizava, en esta parte ha querido la Providencia proporcionar á México un medio de justificacion todavía mas brillante, para reducir á polvo una acusacion de barbarie, tan tremenda como inmerecida. Un triunfo obtenido por nuestras armas ha puesto á soldados franceses, heridos ó prisioneros, en poder de

ese asesino de enfermos, de esos bárbaros sicarios, que deshonran á la humanidad; y esos sicarios, y ese asesino han tratado á los prisioneros con tanta caballerosidad, y cuidado de los heridos con tal esmero, que los franceses residentes en Puebla han suscrito una voluntaria exposicion, dando las gracias por el comportamiento que se ha observado con sus compatriotas.

Es tan sistemático, sin embargo, el plan de maledicencia que se ha adoptado, que todavía en las cartas dirigidas por Taboada á los generales O'Horan y Negrete, invitándolos á pronunciarse por Almonte, se estampa la extraña especie de que ha causado indignacion en el ejército frances la conducta tenida en Puebla con los heridos. Sepa Dios qué consejos habrán circulado en el campo enemigo, pintando las cosas enteramente al revés de como han pasado. La evidencia de los hechos se sobrepondrá empero á ese sistema de embustes mal forjados, y el nombre de nuestra patria, limpio de toda mancha, aparecerá con el brillo que en justicia le corresponde.

En virtud de los frívolos pretextos que hemos refutado, volvieron los franceses á la ciudad de Orizava. Aun suponiendo exactos los injustificables fundamentos con que pretendieron explicar su regreso, no debieron haber pasado de allí. Habian recobrado ya su libertad de accion, que fué el fin que se propusieron al romper el convenio de la Soledad, y sus enfermos no corrian ya peligro alguno, por muy feroz que fuera el gefe del ejército mexicano. Nuevas razones, nuevos motivos, explicaciones nuevas se necesitaban para paliar siquiera el avance de las fuerzas francesas. Desde Orizava habria sido de grande influencia el apoyo moral de la Francia en pro de la mayoría oprimida, de esos nueve décimos de la poblacion que ha descubierto la vista perspicaz de Mr.

de Saligny. Pues bien: llevándose la recuperacion de la libertad de accion hasta el extremo de emprender una invasion armada, se ha salido de Orizava con la intencion bien declarada de llegar á la capital de la República, sin que al romper así de hecho las hostilidades, se nos haya dicho á lo ménos por qué va á derramarse en los campos de batalla la sangre de mexicanos y franceses.

Algo comprenderiamos de la invasion, ya que no en su justicia, en el modo de efectuarla, si Napoleon III hubiera declarado á Maximiliano rey de México, como Napoleon I declaró á su hermano José rey de España, ó si el mismo Napoleon III, ó bien sus representantes, hubiesen reconocido ya á Almonte con el carácter de gefe supremo de la nacion. Que una cosa por ese estilo sea el objeto de la ocupacion militar del país, es punto en que no cabe ya duda; pero aumenta la gravedad de la perfidia con que se nos trata, que ni siquiera nos diga el invasor á qué viene, ni nos hable sino por la boca de sus cañones rayados. En caso de que la victoria hubiera coronado los esfuerzos del enemigo, en Puebla y en México hubiera habido pronunciamientos por el estilo de los grotescos de Córdoba, Orizava y Veracruz, donde un puñado de traidores, desconocidos é insignificantes, ha querido pescar algunos empleillos bajo el amparo de las bayonetas del extranjero; y el extranjero, en guerra abierta ya con el Gobierno mexicano y con la inmensa mayoría del país, habria calificado esos motines ridículos de legítima manifestacion de la voluntad nacional.

Así, pues, nos hemos encontrado en estado de guerra con la Francia, sin previa declaracion de su existencia, sin conocimiento oficial ni extraoficial de las causas que la motivan. El Gobierno mexicano no ha podido hacer sino lo que desde el principio anunció que haria, esto es, repeler la fuerza con

la fuerza, ya que en nombre de la civilizacion se procede contra nosotros á lo bárbaro.

Las cumbres de Aculzingo han sido el primer sitio en que nuestras armas se han medido con las invasoras. No entró en los planes del general Zaragoza oponer allí una resistencia en toda forma, para la que creemos que no contaba con los elementos necesarios. El ejército de Oriente no conservaba ya la fuerza que habia tenido ántes de los preliminares de la Soledad. Parte de los soldados que lo componian habian contramarchado á México y otros puntos, por exigirlo así las eventualidades de la situacion. De la florida division de Oaxaca, una brigada entera quedó sepultada bajo los escombros de la colecturía de San Andrés Chalchicomula, muriendo así de tan triste manera, valientes que no debieron sucumbir sino en el campo de batalla. Y de las pocas tropas que quedaron disponibles, todavía se vió el general en gefe en la necesidad de desprenderse de algunas, para que contuvieran á los reaccionarios concentrados en Atlixco, los cuales con solo su presencia en aquel lugar, prestaron un notorio servicio á los franceses.

Pero si no era fácil por estos motivos librar una batalla decisiva, tampoco habria sido honroso ni cuerdo ceder el terreno sin combatir, cuando se podia causar daño á los invasores, y demostrarles que solo á sangre y fuego lograrán realizar en la República sus inicuos planes. Situóse, pues, una fuerza de dos mil homdres para disputarles el paso, lo cual se hizo con gallardía y vigor, causándoles una pérdida que los cálculos mas bajos hacen subir á quinientos hombres. De seguro que á haberse podido aglomerar allí mayor número de tropas, ó si á lo ménos no hubiese salido herido el general Arteaga en el momento mas crítico del combate, el enemigo habria sido completamente rechazado, ó tenido una

baja mas considerable aún. Como quiera que sea, el sostenimiento de la lucha honra al ejército mexicano, é inauguró de una manera digna la campaña.

La retirada se siguió hasta Puebla, donde para hacer una defensa mas vigorosa, se activó la conclusion de las ligeras fortificaciones levantadas á la carrera. El invasor no tardó en presentarse á la vista de la ciudad, empeñándose luego una nueva accion entre ambas fuerzas beligerantes.

En esta vez hubo ya una formal y reñida batalla, cuyo éxito fué favorable á la buena causa. Los franceses emprendieron el asalto del cerro de Guadalupe, con el denuedo que les ha dado en el mundo entero tan merecida nombradía. Zuavos, cazadores de Vincennes, el regimiento de marina, el 99 de línea, los cazadores de Africa, y en suma, todas las fuerzas invasoras, en número de mas de cuatro mil hombres, atacaron en columna las posiciones defendidas por el ejército mexicano. Tres veces fueron rechazados, á pesar de su arrojo, que los llevaba á sucumbir hasta la orilla de los fosos y las troneras de los cañones. Un valor admirable, con el que no contaban ciertamente en soldados que pensaban ahuyentar con solo su presencia, domó en los campos de Puebla el orgullo de los ilustres vencedores de soldados tan acreditados, como lo son los austriacos y los rusos. Y el triunfo, para mayor gloria de México, se obtuvo con elementos de bien escasa importancia. El cerro de Guadalupe es una posicion que poco se presta á una defensa obstinada: la fuerza numérica del ejército de Oriente era igual con muy corta diferencia, á la de los invasores: la ausencia de casi toda la caballería, mandada contra los reaccionarios que se encaminaban á auxiliar á los franceses, impidió que el mal éxito del asalto se convirtiera en una completa derrota, que hubiera puesto término á la expedicion: en las peripecias de la

batalla hubo combates á campo raso, en que tambien quedó la victoria por nuestra parte. Así, la flor del ejército frances, reputado por el primero del mundo, ha cedido las palmas del vencimiento á los oscuros soldados mexicanos. ¡Gloria eterna, gloria á los que á costa de su sangre han vindicado en un solo dia el nombre ultrajado de su patria!

Las consecuencias de la batalla del 5 de Mayo no pueden ménos de ser de una trascendencia incalculable. Posible y aun probable es, que se desfiguren los acontecimientos; pero no hay paliativo, no hay tergiversacion que baste á ocultar el hecho altamente significativo, de la retirada del ejército que venia á apoderarse de Puebla y de México. En caso de que el gobierno imperial insista en la locura de querer dominarnos por la fuerza, sabrá ya, que no para imponernos un gobierno de su eleccion, sino simplemente para evitar frecuentes derrotas, necesita enviar un ejército en forma, que no será dueño mas que del terreno que pise, y que será siempre impotente ante la energía de la nacion mexicana.

El no haberse renovado el ataque contra Puebla, prueba que el general Lorencez tuvo la conviccion de que una nueva tentativa serviria únicamente para ponerlo en la imposibilidad de retirarse, dejándolo en la triste alternativa de sucumbir ó capitular. En tan afflictiva situacion, se recurrió al arbitrio poco honroso de buscar por medio de la traicion y de la infamia, lo que no se habia conseguido con la estrategia y el valor. Al plomo y al hierro se sustituyó el oro: las armas cedieron el puesto á las monedas. El traidor Taboada, órgano del *gefe supremo* Almonte y del general frances, se dirigió á los generales mexicanos Negrete y O'Horan, invitándolos á una defeccion que consideraba fácil, juzgando por sus propios sentimientos de los agenos. La noble y patriótica respuesta de los dos gefes invitados, desconcertó el nuevo

plan formado por los que contaban con su deslealtad: el oro francés fué tan impotente como lo habian sido las armas de la misma procedencia.

La inutilidad del valor y de la seducción, no dejaron al conde Lorencez mas arbitrio que el muy penoso de una retirada á esa misma ciudad de Orizava, que lo habia visto salir pocos dias ántes con ínfulas de vencedor. El ejército francés, aunque derrotado y disminuido, conservaba todavía una fuerza respetable por su buena organizacion, por su disciplina, por su intrepidez. Perseguido de cerca, no se detuvo á presentar una nueva batalla; pero logró volver á su punto de partida.

Los reaccionarios, acaudillados por Márquez y Cobos, arrojaron por fin la careta, y han consumado la traicion que premeditaban, uniéndose al invasor extranjero, al que mucho habian servido ya en Aculzingo, en Puebla y en su retirada, por la necesidad en que pusieron á las tropas leales de vigilarlos y combatirlos. Ellas quisieron impedir la reunion de los enemigos de dentro con los de fuera, y en una accion memorable han luchado, con fuerzas que no llegaban á dos mil hombres, contra cuatro mil franceses y dos mil traidores. Durante muchas horas de un reñido combate, han dado una prueba inequívoca de que no las arredra ninguna clase de superioridad. Las sombras de la noche han venido á separar á los combatientes, sin que la lucha llegara á un resultado decisivo. Por ambas partes hubo pérdidas considerables; el honor y la gloria de México han alcanzado un nuevo timbre.

¡Aculzingo, Guadalupe, Barranca Seca! Estos tres nombres son ya históricos, y quedarán grabados en nuestros corazones y en los corazones de nuestros hijos. Ellos son la

vindicacion de lo pasado, la gloria de lo presente, la esperanza de lo futuro.

Solamente no son gratos para esos mexicanos expurios, que se cubren por desgracia de esa infamia imperecedera de D. Opas y del conde D. Julian. Dignamente representados por Cobos y por Márquez, están ya al nivel de los contraguerrilleros de la época de la invasion norteamericana. Ninguna disculpa puede ampararlos; no hay razon que alcance á justificar el parricidio.

¿Y qué dirémos de los que arrastran por el fango la bandera francesa, admitiendo por auxiliares chusmas de plagarios y asesinos, que ningunos principios respetan, y que aun suponiéndolos representantes del bando conservador, mal pueden avenirse con los herederos de la gloriosa revolucion de 1789? ¡Oh! si el pueblo francés supiera el horrible abuso que se está haciendo de su nombre, pediria indignado un severo castigo para los que así comprometen su fama, y si encontrara sordo á su voz al gobierno imperial, que está desgarrando uno por uno los títulos de su existencia, haria añicos un trono convertido en emblema del despotismo y de la tiranía.